

sobre su espalda? Tal vez; pero si fuese su hermana, el cuadro no seria menos dulce. La madre, con el ademan del brazo, le admira; el padre no dice nada de su alegría, y no pierde una aspiracion del humo de su pipa, pero piensa gravemente que no haya tal vez en toda Zelanda un padre que no le envidie semejante hijo.

Estas lindas escenas han sido pintadas por hábiles artistas, y han dado ocasion á dibujar las costumbres del Zuy-Bebelan. Las jóvenes llevan un gorro de azul claro, que con una tira bordada de encage le ajustan y no dejan ver hasta el cuello. ¿Por qué? ¿Es una estremada prudencia de la juventud, para evitar el contraste de las que se hallan próxi-



Trages holandeses.

mas á la vejez? ¿No vemos entre nosotros algunas jóvenes que se presentan en las sociedades con polvos blancos en la cabeza, para que nadie pueda tal vez sorprender mas tarde los primeros matices plateados que anunciarían la ausencia de la juventud?

SEGUNDA SERIE.—1863.

Pero esto es demasiada prevision; las pobres muchachas neerlandesas obedecen únicamente á una costumbre antigua que no se espican. De la franja de blondas bajan botones y pendientes; el gorro de encima es igualmente de encage, guarnecido de triangulitos agudos, que figuran como los flo-

AÑO XXI. 9

rones de una corona; un rico collar hace resaltar la blancura de su tez; un hermoso cuello blanco, cruzado en dos bandas, sujeta una especie de pañuelo al pecho, de colores vivos. Un ancho broche de plata sirve para sujetar detrás la falda, con pliegues muy anchos.

El traje de los días festivos en los hombres no tiene de particular mas que el chaleco de damasco con flores, ó el camelote listado, adornado con seis botones de plata calada, y la corbata de seda de colores, cuyo lazo sujetan con un alfiler de plata, que está coronado con dos botones de oro en la abertura del cuello de la camisa. Los botones de plata no faltan tampoco en el pantalón; y si quereis echar una mirada en sus bolsillos, seguramente hallareis en el uno un portapipe, ó una pipa de madera, y en el otro un cuchillo con puño de plata. El sombrerito, rodeado de una cinta de terciopelo, con un lazo, no carece de elegancia. La isla de Bebelan, que solo es isla desde que una terrible tempestad, en 1532, la separó y la arrancó violentamente de la Zelanda, se encuentra á la derecha en el canal de Kreke-Back, al bajar el Escalda cuando vuelve el viagero desde Rotterdam á Amberes.

## ALBERTO EL GRANDE Y SU SIGLO.

POR

DON SALVADOR COSTANZO.

### LEYENDA IV.

(Continuacion.)

#### XIII.

El punto de partida de todas las doctrinas, bien sean especulativas ó experimentales, es inseparable de las doctas elucubraciones de los sábios, que han descubierto verdades ignoradas ó inaugurado nuevos métodos. Así es, pues, que Alberto el Grande, considerado como teólogo en una época en que dominaba la escolástica en todas las aulas universitarias, nos obliga á remontarnos á su origen, á Abelardo, que la dió un poderoso impulso, en términos, que se le juzga generalmente como su fundador, y á los doctos varones que, siguiendo sus huellas ó refutando en parte sus doctrinas, descollaron en el orbe literario antes de que Alberto el Grande, llevado en alas de su genio, asombrara á sus contemporáneos por lo vasto de sus conocimientos, y legara á la mas remota posteridad su nombre con brillo, adoptando métodos nuevos, que allanaban el camino á la filosofía experimental, y á los estudios teológicos, fundados en el dogma y en la pureza de la fe, que se apoya en la tradicion y en la autoridad de los Santos Padres, sin separarse de los principios mas sanos de una lógica rigurosa.

Cousin dice, que la escolástica es la transición de la filosofía antigua á la moderna, y que trajo origen del ORGANUM de Aristóteles (1) trasladado al latín por Boecio, y aun mas de un pasaje de Porfirio, traducido por el mismo autor, en que figuran, como en la escolástica, las palabras: *género, diferencia, especie, propio, accidente*. Luego Cousin, á fin de

probar que el pasaje de Porfirio contiene en su esposicion los dos términos opuestos de la filosofía platónica y de la aristotélica, que se notan en la escolástica; la cual se atiene al Estagirita en cuanto á las formas objetivas, que se refieren á la materia, y en cuanto á las ideas á Platon, no contentándose con transcribir el testo original de Boecio, acompañado de la traduccion francesa, y el testo griego de Porfirio, espone en un corto número de palabras las teorías del mismo Platon acerca de las ideas y su esencia (1). Todo lo que dice Cousin tiene aparentemente visos de certeza; pero lejos de ser el verdadero origen de la escolástica, no fué mas que el acto inmediato de su desarrollo.

La literatura, las ciencias especulativas, y con especialidad los sistemas filosóficos, considerados bajo sus diferentes aspectos, son siempre una consecuencia de la constitucion política de los pueblos, y de la índole de los tiempos en que nacen. Esta verdad se convierte en axioma, si queremos parar mientes en que la cultura intelectual de un pueblo no es mas que la expresion de sus ideas políticas y religiosas, porque el pensamiento humano, que se halla circunscrito á la atmósfera que respira, no puede salir de ella hasta que una larga série de generaciones cree otra muy distinta, mejorando los elementos de fuerza y vitalidad que la componen, esto es, disipando los errores y defectos de sus padres.—Pasemos ahora á hablar detenidamente del origen de la escolástica.

No cabe duda que la edad media es el gran punto de transición, como lo indica su mismo nombre, de las constituciones políticas de los Estados antiguos y de sus creencias religiosas á la sociedad moderna. Esta transición muy radical produjo, como sucede siempre en casos semejantes, un fuerte cataclismo, á saber, una confusion de ideas y principios, ni podia acontecer otra cosa, porque los elementos sociales antiguos, distintos de los nuestros, ó opuestos á los de la edad moderna, y comparables en un todo á dos sustancias, que no pueden fundirse ni mezclarse una con otra para producir una tercera sin muchos preparativos y una elaboracion química, esos elementos necesitaban el decurso de muchos siglos para trasformarse en otros nuevos. En tanto la edad media, agitada por fuerzas tan encontradas, ejercía un poderoso influjo sobre los espíritus, y estos buscaban una áncora de salvacion y un punto de apoyo para que les sirvieran de norte en el borrascoso océano de la duda é incertidumbre que atravesaban. Los que se dedicaron á los estudios filosóficos y á la teología, creyeron encontrar las dos cosas en Aristóteles, porque habia abarcado con su vasta inteligencia la metafísica, la física las ciencias naturales y la moral. Convirtieron, pues, al Estagirita en un oráculo, y sus doctrinas fueron juzgadas infalibles. Pero el cristianismo, que tiene un carácter místico y eleva la mente á las regiones celestes, necesitaba algo mas que la filosofía aristotélica, mas bien objetiva que subjetiva, como la de Platon. Así es, que los filósofos y teólogos de la edad media hermanaron el idealismo de éste último con la lógica de Aristóteles, no privando, sin embargo, al Estagirita de su dominio y supremacía en las escuelas. Pero las doctrinas de estos dos filósofos, aunque purificadas en sus aplicaciones por los sábios de la edad media, muy adheridos al cristianismo, no dejaban de tener cierto tinte y colorido, propios de la idolatría y de

(1) El ORGANUM abraza varios tratados de lógica, cuya esposicion es aplicable á toda especie de filosofía.

(1) Véase Cousin: Fragmentos filosóficos.—Filosofía Escolástica, págs. 77 y sig. Segunda edicion.—Paris, 1840.

las creencias paganas, en cuyo seno se habían engendrado. A fin de remediar este inconveniente los que cultivaban los estudios filosóficos y la teología, introdujeron en sus tesis y argumentaciones las palabras, *género, diferencia, especie, accidente, distingo, afirmo, niego*, etc., que eran el verdadero retrato de la época, que en su confusión no sabía á que atenerse. A esta filosofía, definida por Fontenelle, con salística, *filosofía de las palabras*, se la dió el nombre de escolástica, porque fué la sola que dominó en todas las escuelas y aulas universitarias de la edad media.

Todo lo que llevamos espuesto es el mas claro testimonio de que la escolástica, fué un producto de la incertidumbre y confusión de la época, que la vió nacer; y si queremos servirnos de una frase de los mismos escolásticos, podemos decir, que el *ORGANUM* de Aristóteles, traducido por Boecio, y el pasaje de Porfirio, no fueron mas que la *causa ocasional* de su desarrollo, y no su verdadero origen, como supone, con lastimosa superficialidad, Cousin (1).

#### XIV.

La escolástica se nos presenta en las tres épocas, que recorre, bajo tres aspectos muy distintos. La primera, que es la de su infancia, y cuyo adalid es Abelardo, comprende desde el siglo XI, que la vió nacer, hasta el XIII. Los fragmentos que nos quedan de esta época, envuelta en tinieblas muy espesas, nos revelan la agitación del espíritu humano, que pone en juego todos los medios que están á su alcance para salir de la barbarie y de la ignorancia, en que se vió sumido todo el Occidente desde el siglo VIII hasta el X. La segunda, que es la de su virilidad y grandeza, nos ha dejado monumentos de gloria, y las ráfagas de una brillante luz en las obras de Alberto el Grande, de Santo Tomás de Aquino, y de Duns Scot, fundadores de tres sistemas filosóficos, que han contribuido sobremanera en la edad moderna á dar á los estudios sólidos realce y lustre. Alberto el Grande inaugura la época feliz de la filosofía experimental, fijando como punto de partida de todos los conocimientos humanos el estudio de la naturaleza. Santo Tomás, guiado por su espíritu investigador, busca las bases de la ciencia en las facultades psicológicas, y somete la materia á la inteligencia. Duns Scot busca los tesoros de esa misma inteligencia en las reglas de la lógica, y da bases muy firmes al raciocinio. Esta segunda época, pues, realiza una de las mas grandes evoluciones del

espíritu humano; somete á su dominio la naturaleza bajo la pluma enciclopédica de Alberto; las facultades intelectuales bajo la pluma angelical de Santo Tomás, y las fórmulas y expresiones del pensamiento bajo la pluma severa y muy *sútil* de Scot. Los estudios filosóficos y teológicos adquieren en el siglo XIII importancia y lustre, y llevan el timbre de una grande originalidad.

El título de *Irrefragable* dado en esta época á Alejandro de Hales, el de *Seráfico* á San Buenaventura, el de *Universal* á Alain de l'Isle, el de *Astro brillante* (*semper lucens*) á Duns Scot, no son el mas evidente testimonio, en su misma exageración, de que estos insignes varones dieron un poderoso impulso á los estudios filosóficos y á la teología?

La tercera época de la escolástica, que comprende desde el siglo XV hasta fines del XVI, es la de su decadencia, y esta filosofía se estingue y muere con la edad media: circunstancia muy notable, si no queremos perder de vista, que las ciencias especulativas y la literatura no son mas, como queda consignado arriba, que la expresión del estado político y de las creencias religiosas de los pueblos. En el siglo XVI el adelanto de las luces habia rasgado el tupido velo de la ignorancia en que estuvo envuelta la Europa por el transcurso de muchos siglos; los gobiernos habian adquirido fuerzas nuevas con la muerte del feudalismo, y la centralización de los poderes les daba mas estabilidad; la reforma, muy perjudicial á la pureza del dogma y á la fé, allanaba sin embargo, el camino á la filosofía experimental, proclamando como principio el racionalismo y el libre examen; los católicos combatian victoriosamente á los protestantes, y sus polémicas teológicas, que desterraban paulatinamente las supersticiones, frutos amargos de una época de lastimosa ignorancia, echaban los cimientos de una nueva filosofía toda cristiana; y por último los espíritus, que recorrian el camino del progreso, anhelosos de mejoras reales y positivas, no se sometian silenciosos á la autoridad de Aristóteles, ni se contentaban con silogismos y vanas y sutiles argumentaciones, que no conducian á resultados útiles. La escolástica, pues, desapareció, porque las necesidades de la época del renacimiento eran muy distintas de las de la época anterior; desapareció, porque el pensamiento humano, robustecido y llegado á su madurez, rechazaba con violencia el yugo de una autoridad ciega que le oprimia, como un hombre adulto el de un ayo indiscreto ó de un pedagogo, cuyos preceptos, útiles para la infancia, sirven de estorbo al que puede guiarse por su propia razón y por la experiencia.

#### XV.

De las tres épocas de la escolástica, las mas conocidas son la segunda y la tercera; pero esta última, que fué mas bien su agonía que una prolongación de vida, inspira muy poco interés; al paso que la segunda, en que disfrutó de fuerza y virilidad, produjo una multitud de ilustres sabios, como queda consignado ya. La primera época, cuyos monumentos, que han llegado hasta nosotros, son muy escasos, adquirió celebridad por sus dos escuelas encontradas de nominalistas y realistas. Los primeros decían que los universales, á saber, las palabras que espresan las ideas generales, como hombre, animal, etc., etc., son puros nombres desprovistos de toda realidad, porque no existen de por sí en la naturaleza, ni en el espíritu que los crea; los segundos afirmaban, por el contrario, que los universales existen y se realizan, ó mas

(1) En una de las notas, que acompañan nuestra traducción de la *Historia de cien años* de César Cantú, aplicamos á Cousin el epíteto de *pobre hombre en filosofía*: esta calificación demasiado dura, pero muy cierta y verdadera, escribió la cólera de algunos pedantes vocingleros. Nosotros, ateniéndonos mas bien á la realidad de las cosas que á las famas injustamente adquiridas, confirmamos en esta circunstancia lo propio que en la nota mencionada. Mr. Cousin ha escrito muchos volúmenes en muy buen lenguaje y ricos de erudición; pero ¿ha fundado acaso algun nuevo sistema de filosofía? ¿ha emitido ideas originales? Su filosofía no es mas que una reproducción de todos los sistemas anteriores, una mezcla de la filosofía alemana y de la cartesiana, forzosa y violentamente hermanadas, mediante un eclecticismo sistemático, comparable hasta cierto punto al de los filósofos de la escuela de Alejandria, que en sus delirios científicos pretendian encontrar los principios y el origen de los dogmas cristianos en los misterios y símbolos del paganismo, y en los ensueños y delirios orientales, reproducidos en parte por los pitagóricos. Mr. Cousin, con su filosofía eclética, dice Gioberti, no ha hecho mas que *regalar á la Francia el panteísmo*.

bien se individualizan en los seres, formando su verdadera é idéntica esencia.

Pedro Abelardo, victima infortunada de un amor delicado (1), y digno de vivir en una época de grandeza y lustre, rechazó las doctrinas de esas dos escuelas, y con ánimo de conciliar lo que tenían, á su entender, de mas positivo y verdadero, fundó un nuevo sistema con el título de *Conceptualismo*. Abelardo no admitia el valor ni la realidad de los universales, ni consideraba como puros nombres, sin significacion ninguna, las palabras que los expresaban; pero creia, que así estas últimas como los primeros tenían, en mayor ó menor escala, la existencia y la forma, que cada cual les atribuía en el acto de concebirlos y expresarlos (2).

El sistema de Abelardo, que se apoyaba mas bien en una negacion que en teorías y doctrinas enteramente opuestas al nominalismo y realismo, porque rechazaba en parte lo que afirmaban sus sectarios, sin destruir el fondo de los dos sistemas, aplicado por nuestro sábio á la teología, daba un aspecto problemático á los dogmas y á las verdades mas augustas del catolicismo, como se deduce de su famosa obra del *Sic et Non*, (Si y No), la cual es una amplia coleccion de todos los pasajes de las Sagradas Escrituras y de los Santos Padres, que parecen contradictorios (3). Es cierto, que esta obra de Abelardo es una especie de estudio preparatorio para los que se proponen profundizar la teología, á fin de que no emitan y establezcan opiniones precipitadas; pero el *Sic et Non*, que siembra la duda, y no resuelve ningun problema, asustó á las conciencias timoratas en términos, que Guillermo de Saint-Thierrey no vaciló en denunciar á San Bernardo la teología de nuestro ilustre doctor, como sospechosa, diciéndole que circulaba misteriosamente entre sus discípulos y partidarios.

En atencion á que el exámen crítico de las obras de Abelardo no puede tener cabida en estas páginas, porque no pertenecen al siglo de Alberto el Grande, ni á la segunda época de la escolástica, contentándonos nosotros con lo que llevamos espuesto acerca del amante de Eloisa, y con haber citado anteriormente los dos autores, que merecen ser consultados por los que deseen conocer todas las particulari-

(1) Los que deseen conocer todos los pormenores del amor infortunado de Abelardo con Eloisa, de su vida monástica, de sus estudios, de la aplicacion de su sistema filosófico á la teología, de sus disputas con San Bernardo, y de la retractacion solemne de sus errores, podrán consultar la obra de Cousin, anteriormente citada, y la de Mr. y M<sup>da</sup>. Guizot, titulada «Ensayo Histórico de Abelardo y Eloisa, seguido de sus cartas, traducido de los manuscritos de la Biblioteca Real, por Mr. Oddoul, nueva edicion enteramente refundida.»—Paris, 1853.

(2) Acerca de la escolástica y su primera época, merecen ser consultadas las obras siguientes: Stanley, *Historia de la filosofia*, Lóndres, 1743; Brukero, *Historia crítica de la filosofia*, Leipsick, 1742; Deslandes, *Historia crítica de la filosofia*, Paris, 1753; Tennemann, *Historia de la filosofia*, Leipsick, 1819; Guillon, *Historia de la filosofia antigua y moderna hasta nuestros días*, Paris, 1835; Rousselot, *Estudios sobre la filosofia de la edad media*, Paris, 1846; De Caraman, *Historia de las revoluciones de la filosofia en Francia en la edad media hasta el siglo XVI*, Paris, 1847; Cousin, *Obras inéditas para servir á la historia de la filosofia escolástica en Francia*, Paris, 1836; De Gerando, *Historia comparada de los sistemas de filosofia*.—Paris, 1822.

(3) Cousin en la obra, que hemos citado ya.—*Fragmentos filosóficos*, etc., segunda edicion, Paris, 1840, habla detenida y estensamente del *Sic et Non* de Pedro Abelardo.

dades de la vida de Abelardo, y sus escritos, nos limitamos ahora á decir, que su *Conceptualismo*, aunque no fué un verdadero sistema, ni muy á propósito para los estudios teológicos, que, bien sea directa ó indirectamente, reposan siempre en la certeza é infalibilidad del dogma, ha colocado, sin embargo, á Abelardo en un puesto muy eminente entre los filósofos de la edad media, por haber precedido á Descartes en establecer, que la duda y el libre exámen únicamente pueden facilitar el camino, que lleva al descubrimiento de las verdades mas árduas é importantes.

Es de notar, no obstante, que el *Conceptualismo* de Abelardo, que promovió graves persecuciones contra su autor, quedó sepultado, al cabo de algun tiempo, en el olvido; al paso que el nominalismo y el realismo adquirieron nuevas fuerzas en la segunda época de la escolástica, y en las dos escuelas muy célebres de tomistas y escotistas: los primeros, secuaces escrupulosos y admiradores de la filosofia de Santo Tomás, abrazaron el nominalismo; los segundos, muy adheridos á la filosofia de Duns Scot, adoptaron y defendieron el realismo.

Toda esta confusion de doctrinas y principios, que agitó las escuelas filosóficas de la edad media, y que es el retrato mas fiel de la incertidumbre en que vivían á la sazón los hombres en una sociedad mal organizada, como queda demostrado arriba, debemos atribuirla tambien, como lo advierte el eruditísimo abate Andrés, á la invasion de la literatura árabe en Europa, acontecimiento extraordinario, y que no dejó de producir una profunda y triste impresion en los hombres muy ortodoxos (1). Los árabes tradujeron y comentaron las obras de Aristóteles; las sembraron de ensueños y delirios, que tenían un tinte todo oriental, y así desfiguradas las propagaron en todo el Occidente, suministrando una abundante cosecha de palabras, de frases insustanciales y pensamientos fantásticos á la escolástica. En esta época escribieron en árabe muchos sabios y hasta los rabinos mas célebres (2). Pero, en el siglo XIII el impulso, que habian recibido ya los estudios filosóficos, habia comenzado á dar frutos muy sazonados, y así la metafísica como la teología, no necesitaban mas que los esfuerzos muy poderosos de un hombre dotado de genio superior, que intentára unir con éxito feliz el cielo con la tierra, hermanando las ciencias naturales con la revelacion y los dogmas de nuestra religion santísima: este hombre extraordinario apareció, y fué Alberto el Grande.

(Se continuará.)

## SILVAS Y PACHECOS

### Ó LOS BANDOS DE MURCIA.

(Continuacion.)

#### III.

Han pasado algunos meses, y el marqués de Villalor se hallaba en una estancia de su palacio, preparado para recibir

(1) V. Andrés, *Dell' origine, de progressi e dello stato attuale d' ogge l' letteratura*.—Parma, 1788, tom. I.<sup>o</sup>, pág. 274.

(2) De Rossi, *Dizionario degli autori arabi*, Art. *Hai gaon*. Véase tambien la obra francesa de Jourdain, *Investigaciones críticas sobre la edad y el origen de las traducciones latinas de Aristóteles*.—Paris, 1843, págs. 207, 208 y 212.

á los Pachecos y á los Silvas, á los que había invitado para una reunion allí, con objeto de provocar una reconciliacion, porque los tiempos eran graves y la guerra con los moros de Granada cierta; y si la division de aquellas dos poderosas familias continuaba, era de temer que el califa Abderraman llevase á efecto su amenaza de demoler las murallas de Murcia y sembrar de sal las ruinas de los palacios de los poderosos señores que con sus ódios la esponian continuamente á la invasion.

Los Silvas eran valientes, poderosos, ricos, y tenían numerosos partidarios; su ausencia era una calamidad para Murcia, porque la privaban de la mitad de las fuerzas con que podría resistir los ataques de los sarracenos. No con poco trabajo había podido conseguir el marqués de Villafior que entrambas familias rivales asistiesen á su casa; prometiase excitar el amor de la patria, ese amor que, ardiendo lo mismo en el pecho del jóven que en el del anciano, conduce á grandes acciones, y cuyo exceso jamás es culpable, y por el cual los hombres olvidan sus afecciones y sus ódios.

Interin el marqués de Villafior se ocupaba de este buen propósito, su corazon sufría terriblemente por el estado en que se hallaba su esposa Estrella. Desde el momento en que había caído desmayada al pie del altar, bajo el peso de la maldicion paterna, desde aquella fatal noche en que la había cogido en sus brazos, y, cual una fiera, atravesando por medio de la ciudad, y los gritos de sus habitantes había llevado á su casa aquella presa, que había arrebatado, envileciéndola antes, y depositádola moribunda, helada, en su palacio, desde entonces ni una palabra había salido de su boca, ni una mirada había venido á hacerle conocer que comprendia su situacion. Por mucho tiempo había creído que su razon había sucumbido bajo el terrible golpe que había llevado; mas pronto se convenció de que Estrella no estaba loca, empero que deseaba morir.

Ya sus dueñas la habían arrancado una vez un puñal que cuidadosamente ocultaba; otras veces la habían detenido al quererse lanzar desde una ventana á la calle para matarse. Conocía Villafior que el alma de aquella muger, que tanto amaba y por cuya pasion había desafiado hasta el crimen, se hallaba quebrantada por la maldicion de su padre, y que solo el perdon de éste podría salvarla. Esperaba que la presencia de aquel implacable anciano y la de sus deudos en su casa podría ser una ocasion para conseguirle, y trataba de ensayar este supremo medio.

Un tormento devorador agitaba tambien su corazon. El marqués de Villafior no podía anonadar su pasado, y su presente se hallaba amargado por sospechas terribles, que le habían hecho concebir, de que aquella muger, por la que todo lo había arriesgado y en quien se proponia, á fuerza de amor, reparar los daños que había causado, no le amaba á él, no era pura.

Le habían hecho entender que amaba á uno de los Silvas; que aquel Silva, habiendo encontrado medio de hacer triunfar su amor, había hecho imposible su felicidad é inútil el crimen que había intentado cometer en el extravío de su pasion. Trató, pues, de examinar lo que hubiese, esclarecer sus sospechas, y la ocasion se la proporcionaba tambien aquella reunion, á la que, además de los Pachecos y demás parientes de Estrella, debían acudir los Silvas, sus rivales.

Llamó á Estrella, que indiferente como siempre, y en silencio, le escuchó el proyecto que tenía de hacer asistir á su

casa las dos familias, divididas por ódios antiguos, cuyos ódios fatales y terribles esperaba que cesasen reuniéndose allí, preparándose la vía para una reconciliacion, que esperaba fuese duradera. Participóla, pues, que dentro de algunos momentos, el virtuoso Pacheco, su padre, se presentaría allí. Estrella levantó entonces la cabeza, lanzó un grito, que sofocó en seguida llevando sus manos á la boca. Aquel movimiento acabó de dar á conocer con trasporte á Villafior que no estaba loca, y que aun podía esperar hacerla volver en sí, consiguiendo el perdon de su padre, que no podría resistir ni permanecer sordo y ciego al espectáculo de una hija antes tan querida, hoy tan triste, abatida y desgraciada. Comunicóla entonces la esperanza que abrigaba de que, olvidando ódios seculares, los Pachecos tendiesen la mano á los Silvas.

—¡A los Silvas! dijo irguiéndose de repente, y retrocediendo como espantada hácia atrás Estrella.

—Sí, á los Silvas; que van á venir aquí tambien en seguida.

—¿Todos? preguntó con notable alteracion Estrella.

—Todos, respondió Villafior.

Entonces se dejó caer sobre un sillon Estrella; cubrió su cabeza con ambas manos, y un rio de lágrimas brotó de su ojos. Alarmado Villafior, trató de inquirir el sentimiento que había producido aquella crisis en su esposa, tan indifere ante antes á todo, y dijo:

—Los Tellez van á venir: y cuando vuestro padre hallará en el amor á su pais bastante fuerza para vencer semejantes sentimientos, ¿pensais que no tendrá en su corazon una voz que le grite,—perdon para tu inocente hija? Porque tú eres inocente, ¿no es verdad, Estrella?

A esta pregunta, Estrella gritó con desesperacion:

—¡Dios mio, la muerte! ¡La muerte imploro, y no puedo morir!

Al ver aquella insistencia en querer morir, las sospechas de Villafior se aumentaron, hallando confirmado el rumor que había llegado hasta él, notando el efecto que en su muger producía el nombre de los Silvas.

Anunciaron á poco la llegada del conde de Lorca y de sus deudos, y Estrella quedó inmóvil; solamente se vió que escuchaba el ruido de los pasos que se aproximaba, permaneciendo siempre inmóvil, hasta que anunciaron que su padre llegaba á la estancia. Entonces se inclinó hácia el lado por donde venia, y pareció escuchar su voz con avidez.

Salíó á recibirle respetuosamente el marqués de Villafior, dándole las gracias á su noble deudo por haber accedido á su súplica, echando solamente de menos la presencia de su hijo.

Al ver el anciano conde de Lorca á Estrella, se detuvo de repente, y dijo con voz severa á Villafior:

—Una muger... una muger... Marqués, no he venido aquí á buscar sino á hombres... Adios.

E hizo ademan de salir.

Estrella notó su accion con la mayor desesperacion. Villafior se colocó entre Pacheco y la puerta por donde iba á salir, y le dijo:

—Vos, señor, que habeis visto tantos campos de batalla regados de sangre y sembrados de cadáveres ¿tendreis miedo de mirar una muger que se muere?

Entonces Estrella se lanzó de rodillas á los pies de su padre, que severo volvía la cabeza por no ver á su hija postrada á sus plantas, que se arrastraba implorando su perdon.

—Villafior ¿es acaso esta mi hija? preguntó el anciano.

—Ved, señor, lo que mi delito y vuestra maldición han hecho de ella.

El anciano no pudo resistir mas y se dejó caer agobiado sobre un sillón. Todos intercedieron para que perdonase á su hija, saliéndose despues discretamente de la habitacion, seguidos del marqués de Villafior, para dejar al padre y á la hija en mayor libertad en la esplicacion que suponian seguiria.

Estrella permanecía siempre de rodillas á su lado. Resistiéndose el anciano á la idea del perdon, decía:

—No, no... lo he jurado, no habrá perdon para ella. Despues, levantándose y mirando en derredor, añadió: me han dejado solo; han tenido miedo de avergonzarse de mi debilidad. Vamos... Y poniéndose en actitud de marcharse, dijo con agitada severidad: marquesa de Villafior, no es de rodillas como debeis recibir á los huéspedes que vienen á vuestra casa... Levantáos, señora.

—Dadme esa mano, señor, que tenderfais al mendigo que hubiera caído á la orilla de un camino... vuestra mano... vuestra mano...

—Es muy débil ahora para sostener el peso de una espada.

—Pero bastante fuerte para levantar á vuestra hija; es la mano que me maldijo y que tantas otras veces antes me habia bendecido.

Pacheco sin mirarla la tendió la mano, incorporóla, pasó despues el brazo al rededor de su cintura, y la dijo:

—¿Adónde quereis que os lleve?

Estrella, señalando un lecho, dijo:

—Allí.

Despues de haberla depositado en él, Pacheco preguntó de nuevo:

—¿Qué mas quereis?

Estrella contestó con voz apagada:

—Una daga... un cuchillo... una cosa que mate pronto.

—¿Es tan terrible vuestra situacion...? replicó Pacheco.

—¿No lo veis?

Pacheco, enjugándose una lágrima, contestó:

—No; estoy llorando.

—Yo no lloro ya; tengo el corazón y los ojos secos, padre mio. Me es preciso morir.

—¿Y vienes á pedirme un puñal?

—¿Cómo quereis que lo haga en esta casa si no me prestais auxilio?

—¿Yo venir á ayudarte á morir?

—Preciso es, padre mio, que os refiera todo. Cuando os pedí ser marquesa de Villafior para salvaros de la vergüenza de mi falta... y cuando os dije que viviría así... os engañé... quería morir. Tenia listo el veneno en mi cuarto; pero como me trajeron aquí como no pude volver á él y me habeis cerrado las puertas de vuestra casa...

—Y has renunciado á la funesta resolucion de morir.

—Tenia un puñal de que habia logrado apoderarme... al volver en mí, quise valerme de él... y me le arrancaron... Algunas horas despues pude levantarme, y traté de precipitarme por una ventana... y me detuvieron.

—¡Ah, bendita sea la mano que te salvó! exclamó el anciano conde arrastrado de su amor paternal.

—Luego quise dejarme morir de hambre... seguí algunos dias mi resolucion, pero, la naturaleza venció mi resolucion.

—¡Oh! eso es horrible.

—¡He hecho todo lo posible por morir!... Al fin Dios os ha enviado á mi lado para poner fin á mis padecimientos, para que no muera sola, para que una lágrima caiga tal vez con una bendición sobre el cadáver de vuestra hija... ¿No me dareis ese puñal como el último don de vuestra compasion...?

Y al decir esto, mas ligera que el tigre que salta sobre su presa, arrancó el puñal del cinto de su noble padre que asustado exclamó:

—¡Infeliz! ¿qué vas á hacer?

—Lo que vos mismo hubierais hecho, si hubiéseis podido preveer mis dolores.

Forcejeaba su padre para arrancarla el arma fatal, empero ella obstinada buscaba la muerte.

—¡Tú vivirás, hija mia, la decía su padre, hija de mi corazón, vivirás!... y yo te perdonaré.

Entonces arrojándose á sus pies Estrella, exclamó con un acento desgarrador:

—Vuestro perdon llega demasiado tarde. Padre mio: soy la esposa de Villafior.

—Yo haré romper ese matrimonio, dijo con fuerza el conde de Lorca.

—¿Y qué me importa ya, padre mio? He padecido tanto, he llorado tanto, he odiado tanto la vida, que me parece que ya jamás podré amar.

—¿Ni aun á tu padre?... ni aun á mí, la dijo Pacheco en tono de dura reconvencion.

—¡Oh! sí, contestó con delirio Estrella, ¡os amo, padre mio!... y ahora conozco que vuestros brazos son para mí cual un foco de amor donde se reanima mi alma helada, mi corazón muerto de frio...

—Gracias, hija mia, yo tambien siento reanimarse mi alma con tu amor... Vivirás, Estrella, ¡y vivirás para mí!

—¿Podriais arrancarme á mi desgracia, que me vuelve loca?

—Te he dicho que puede romperse este matrimonio.

—¡Dios mio! dijo Estrella, ¿vos que me habeis dado tanta fuerza para sufrir... me privareis de ella en la hora en que el perdon de mi padre me vuelve á la vida?

Y apoyándose en el brazo de su padre, la condujo éste á un lecho, para que reposase de tantas y continuas emociones como habia experimentado.

En aquel momento entró en su estancia don Alfonso llamando á su padre, éste le hizo una seña mostrándole á Estrella tendida sobre el lecho y llevándose aparte al alfeizar de una ventana, en tono silencioso, y con mal reprimido gozo, le dijo que los Silvas venian ellos mismos á entregarse en sus manos.

Don Alfonso hablaba con cautela, empero Estrella, fijando su atencion, procuraba sorprender sus palabras, por lo que el padre y el hijo trataron de alejarla de aquel sitio. Resistióse ella constantemente, porque en el ademán de su hermano don Alfonso, de quien nada bueno podia sospechar para su amante, veia respirar proyectos de sangre y de muerte. Manifestóse así, y él la contestó con altivez:

—Obedeciendo á mi padre, si... hace ocho dias que corro tras de Silva de Córdoba á Cartagena, de Cartagena á Granada, sin poder jamás alcanzarle, y me parece que la vida de ese hombre empozoña el aire que respiro. No pudiendo alcanzarle por ahí... aquí espero hallarle.

En vano Pacheco trató de hacerle callar, porque insistía en su propósito, y con voz altanera continuó dirigiéndose á su hermana:

—Donde quiera que le encuentre le he de matar; retiraos, pues, de aquí, marquesa de Villafior.

Al oír estas palabras, Estrella recobró todo su valor, y levantándose le contestó:

—Me recuerdas que soy la marquesa de Villafior, es verdad; pero tú no debes olvidar que estás en su casa.

—¡Infeliz! gritó con ira su hermano. Venid conmigo, padre, dejémosla presa de su ciega pasión.

Y al mismo tiempo hizo ademán de retirarse. Entonces Estrella cogiéndole de la mano le detuvo diciéndole:

—Alfonso, tú me responderás si á ello te atreves. Tú, que tanto entiendes del honor de las mugeres y que pides su muerte por una falta... dime ¿qué castigo merece el hombre que falta á sus palabras?

—Y tú, muger culpable, contestó don Alfonso, ¿te atreves á hablar así á tu hermano?

—Tú te has erigido en mi juez, y yo... porque he faltado al odio de mi familia y he olvidado mis deberes de hija, moriré entre lágrimas y desesperación; pero tú que haces traición al amor de la patria, esa primera familia del soldado, tú que vas á faltar á tu palabra, esa santa virtud del hombre, ¿te crees con derecho de despreciarme?

Callaba don Alfonso, y su hermana continuó:

—Y si encuentras á tu hermana moribunda en el camino la separarás insolentemente con la mano gritando: ¡plaza á mi venganza!... ¡Ah! ¡no ha de ser!

Manifestaba enérgicamente don Alfonso su furor en el semblante; empero sin intimidarse por esto la resuelta Estrella continuó diciendo:

—La que con tanta ánsia ha deseado la muerte, no se asusta por tus gestos, ni por tu furor, porque es mas fuerte que tú.

—¿Es esa la recompensa, dijo su padre con aire lento y tranquilo, que recibo por el perdón que te he concedido?

—¿Y es esa la recompensa de la desgracia que yo acepté...? Cuando os pedí este odioso matrimonio para salvaros de la vergüenza, yo le salvaba también á él... ¡Y ahora queréis matarle!... No, no será.

Enfurecido don Alfonso, trató de salir llevándose á su padre diciéndole:

—Vamonos.

—Perdonadla, Alfonso, contestó aquél; hay dolores que son disculpables... Pero lo que se ha decidido que se cumpla!

Entonces desolada se arrojó de rodillas Estrella claman-

do.

—¡Compasión, compasión!: renunciad á vuestro proyecto.

El inflexible anciano apenas se dignó mirarla, y únicamente dijo:

—Se hará justicia. Retrate.

Estrella se levantó entonces con resolución y le dijo:

—Permaneceré aquí; quiero ver si os atreveis á matarle en mi presencia.

En aquel momento se oyó en las habitaciones exteriores gran rumor; eran los Tellez de Silva que acababan dellegar y que se dirigían acompañados del mismo marqués de Villafior á aquella estancia. Lefase en los rostros de los Silvas

la preocupacion de algun siniestro proyecto. El marqués de Villafior se hallaba tambien preocupado. Aquellas dos rivales familias que se habian juntado á pretesto de tratar de la paz para reunir sus fuerzas divididas hasta entonces contra el enemigo comun, los moros, que amenazaban á Murcia, traian cada cual en el alma la traicion de un proyecto para deshacerse de sus adversarios. El marqués de Villafior por su parte tenia además que averiguar el profundo secreto que hacia tiempo destrozaba su corazon. Sabia que uno de los Silvas habia sido el amante afortunado de su muger, empero ignoraba cual de ellos fuese. Resolvió, pues, conocerle en aquella entrevista, para despues entregarse á los planes de su venganza. Silva, el poderoso marqués de Huescar, que tambien venia con sus parciales, habia concebido el proyecto de arrebatarse á la muger que por medio de una infamia le habia robado el marqués de Villafior. De manera que tres traiciones se agitaban á la vez entre aquellos nobles señores: los Pachecos trataban de destruir á los Silvas, estos de deshacerse de sus rivales y apoderarse de la muger que habia sido arrebatada al mas esclarecido entre ellos, y el marqués de Villafior tenia que vengarse y contrarrestar á ambos rivales.

Presentó uno á uno á la marquesa los Silvas que habian llegado, y observó atentamente en sus facciones si se revelaba algun sentimiento que pudiera descubrir cual habia sido su antiguo amante. Pasaron varios de aquellos caballeros saludando á la marquesa, y su rostro, como el de ella, permaneció impassible. Faltaban solo tres ó cuatro, y uno de ellos era Tellez, que antes de dirigirse á saludarla, hablando con uno de sus pages, le dijo en voz baja:

—Marcha, y recuerda únicamente que si no vuelves á verme, y si no respondo á la señal que hemos convenido, irás á Huescar y harás lo que tengo mandado.

Despues se dirigió á saludar á la marquesa de Villafior, y aun cuando esta trató de reprimir su emocion, no pudo menos de traslucirse en su cara. Entonces ya no quedó la menor duda á Villafior, de que aquel Silva Tellez era el hombre de que tenia que vengarse.

Retiráronse todos á otra estancia para celebrar la conferencia; empero antes de empezarla se oyó en la puerta de afuera el ruido de varios instrumentos. Salíó para ver lo que era el marqués de Villafior y encontráronse frente á frente los Pachecos y los Silvas. Sacaron inmediatamente las espadas y don Alfonso exclamó:

—¡Estais en nuestro poder! Esos instrumentos que resuenan son los de nuestros parciales, y sois nuestros prisioneros.

—¡Mientes! contestó con furor Silva; son los nuestros; al venir aquí hemos jurado arrancaros la muger que me habeis arrebatado y que habeis entregado villanamente al marqués de Villafior.

—¡A mí los míos! gritó asomándose á una ventana Pacheco.

—¡Atrás! contestó Silva; todos sois mis prisioneros: este palacio va á ser invadido por los míos.

En aquel momento entró el marqués de Villafior con la espada desnuda gritando:

—La marquesa de Villafior no pertenece mas que á su esposo, y donde manda don Fernando de Villafior nadie es dueño de dar órdenes. El palacio está cerrado..... levantados los puentes levadizos..... las almenas coronadas de mis gen-

tes..... Ni los parciales de los Pachecos ni los Silvas entrarán aquí: yo soy el que va á decidir de la suerte de todos vosotros.

—¡Oh desgracia! exclamó con furor el noble conde de Lorea.

—¡Traicion! exclamó con voz alta y atronadora y como seguro del triunfo el marqués de Villafior. Por ambos lados habeis mentido y habeis faltado á vuestros juramentos. El libertino, el hombre vicioso que despreciais, os enseñará bien pronto cómo se debe cumplir una palabra y cómo se protege á una muger.

(Se continuará.)

EL CONDE DE FABRAQUER.

## LA ABADIA DE SAN VANDRILLE.

La abadía de San Vandrille es por cierto una de las mas antiguas de Normandía. Ha pasado por diversas vicisitudes, que en otra ocasion referiremos. Entretanto, no deja de excitar curiosidad la historia de su fundador, San Vandrille, ó Wandrille.

Vandrille no era uno de esos sublimes pobres, que por medio de la oracion y de la ciencia se elevaban hasta la dignidad de la túnica monacal, ó aun hasta el brillo del roquete



Vista de la abadía de San Vandrille.

episcopal, y á quienes la virtud cristiana llevaba á la canonicacion, sino que fué un cortesano del siglo VII en el reinado de Dagoberto I. Su familia era noble y poderosa, por lo que al punto que se halló él en proporcionada edad, obtuvo un cargo en la corte. Mas no era este su deseo. La época del siglo VII despues de Jesucristo, era sumamente notable, porque á una gran tempestad habia sucedido un reposo comparativo, y los talentos ilustrados y que reflexionaban se hallaban poseídos de una inmensa y mística melancolia. Vandrille desempeñó su destino. Casáronlo con una jóven, cuyo nombre no ha conservado la historia. El primer dia de casado comunicó á su muger su deseo de dejar el mundo. La jóven era tambien santa, y se retiró á un claustro. Vandrille se

marchó con tanta precipitacion, que Dagoberto lo hizo al punto volver, mas en seguida lo relevó de su destino. Anduvo entonces errando de monasterio en monasterio por la Italia, en el Jura, hasta que por último vino á establecerse en Fontenelle, en el pais de Caux. Créese que este es el mismo parage de donde tomaba su nombre el ilustre secretario perpetuo de la Academia, Le Boyer, ó le Bouvier de Fontenelle. Existia allí ya una abadía; pero Vandrille hizo reconstruir sus habitaciones, y le dió su nombre. Falleció de muy avanzada edad, despues de haber dirigido durante mucho tiempo los negocios eclesiásticos de Normandía.